REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 20 DE MARZO DE 1922 | Nº 30

LUIS C. LOPEZ

POR RAMON VINYES

I

PIERRE REVERDY ha dicho: La imagen es una pura creación del espíritu. No nace de la comparación, nace del acercamiento de dos realidades más o menos alejadas.

Luis C. López es un poeta de imágenes. El violento contraste que hay entre su *sentir* y su *ver* dan a su poesía una estridente originalidad. Originalidad que precisamente radica en ser excepción en la regla que nos fijó Pierre Reverdy.

Diríamos de Luis C. López que es un poeta de precisiones, pictórico. Las líneas del paisaje se enmarcan en sus versos como en un cuadro. Ve como ve un pintor... Después *siente* el paisaje.

No hay acercamiento de realidades en Luis C. López. Hay una fusión única de objetivismo y de subjetivismo. Y aclararíamos al decir que es el mismo Luis C. López el que no dice lo que siente transubstanciándose en el paisaje.

Justa, sobria, *hecha*, la visión de las cosas, admirable de realidad, se fija en la retina del poeta. Si fuera a trasladarse conforme se fijó, la veríamos plástica y precisa en su poesía, dándonos esa sensación de realidad robusta que nunca pudo darnos el realismo. El *yo* del poeta agria los versos. No es deformación de visión, es deformación de sentimiento. Seguidlo. Lo sorprenderéis en la descripción fervorosa de un atardecer, hundido en la enamorada paz de una vetusta ciudad muerta, deleitándose en la contemplación del pedazo de cielo, hondamente azul y lejano, que se ve por encima de las líneas paralelas que forman los tejados de las casas. Pero, de repente, como si se arrepintiera del momento lírico y del reposo que había dado a su vivir, horrorizado de la normalidad de sus sentimientos, trueca en mueca la fluyente pintura y el detalle caricaturesco es el freno que pone a su Pegaso que iba a remontarse, tal vez fuera de los límites pictóricos de su arte mismo, en un galope incierto hacia horizontes nuevos, buscando trocar esta su estridente originalidad de hoy en otra originalidad quintaesenciada y nebulosa. El poeta ha frenado el vuelo del corcel alado, y la sacudida repercute en su poesía y le da la actual característica original, malabar y agria.

No hemos dicho humorística. ¿Es cierto que hay en el autor de *Posturas difíciles* el cierto *trémulo de concentrado humor* que nos dijo Unamuno? ¡Creemos que no! El gesto de alzar el puño no es humorístico; la boca contraída por el apóstrofe no es humorística; la imprecación insistente no es humorística. Y humorístico en un *cierto trémulo*, como nos dice el sabio señor Rector, menos. Disentimos de él. Como disentimos de él también—y lo consignamos al pasar—respecto a lo que dice que dirá el lector avisado de Luis C. López. A nuestro entender el: «aquí hay mucho» debe sustituir al: «aquí hay algo».

(Tomado del libro *Por el atajo*... Casa editorial de J. V. Mogollon & Cía., Cartagena. Colombia).

La parte ensoñadamente caricatural de las poesías de Luis C. López es la parte que podríamos llamar de retrato. Cuando el paisaje a *sentir* no le endulza las visiones, su sarcasmo pinta a «Los que llegaron de París», «Mitin», «De sociedad». Y los pinta sin el retozo de la risa, como un visible desprecio que les aparta este acre amor envolvente que distingue el humorismo del sarcasmo; del sarcasmo suyo, despiadado, amarillo, deformador, caricatural, cojeante; sarcasmo que es la tónica de los versos del poeta y que precisa la técnica del poeta.

Y es curioso seguirlo cuando su ensañamiento, su desprecio, hace que las líneas del *retrato* descansen sobre la naturaleza que *vió* conforme en su *placidez*. Y es curioso estudiarlo cuando su *sentimiento* retuerce las líneas justas y las realidades precisadas. Viene la caricatura de visión implasmable, la caricatura que se resuelve fácilmente—ya encontrado el filón—en la imagen del sol que se parece a un huevo frito, o a la de Febea pareciéndose a algún raro fiambre—, huevo y fiambre que—por sentir especial—marcan la cumbre de la acidez del poeta en el momento en que ha escrito el verso.

A veces—cuán pocas—le sale a Luis C. López el verso neto. La poesía aprisionadora y el poeta aprisionado se denuncian. Y la linfa mana clara como al salir de la roca:

Se humillan sollozando en la resaca.

Ha respirado el poeta, se aclararon sus ojos, ha llegado a *decir* la transparencia de los cristales. Y nosotros hemos respirado con él. Como hendidura de peña fragorosa que deja descubrir la azulada inmensidad del mar lejano, estos versos, otros versos, nos han dejado descubrir que en lo recóndito de la retina del poeta hay color de flores, y cabrilleo de ondas.

Son los primeros términos de su arte los deformados; son sus artefactos de llenar los áridos; es su

actuación de actor en la comedia que representa lo que lo iracundiza — el agua se enrabia junto a las playas. A lo lejos, por entre lo retorcido, por entre lo deformado, por entre lo sarcástico, aun más allá de la luna que parece un grano y de la iglesia que parece un biberón, está la noche silenciosa, el cielo extendido, la montaña tibiamente azul, la playa dulcemente blanda.

Un día imaginamos que si a Luis C. López le dieran para escribir sus versos la límpida página del cielo, Luis C. López escribiría sus versos con carbón. ¿Por qué? Para hacerse *sentir* él. Por no creer que vale la pena escribirlos de otro modo. Por llevar la contraria. La característica suya es la de una vez luislopeizado el cuadro—, encogerse de espaldas. ¿Si la vida es un huerto lleno de orugas y de limaza, vale la pena de arrancar la limaza y las orugas de las plantas? Luis C. López dice que no...

....

Estos apuntes han sido sacados de entre nuestros papeles viejos en donde yacían sin terminar. El nuevo libro *Por el atajo*..., del poeta, ha hecho que los resucitáramos.

II

Por el atajo...

Decíamos ayer: Hay en Luis C. López una fusión de subjetivismo y de objetivismo. Diríamos hoy: con el nuevo libro en las manos: Ved al poeta prisionero de sí mismo, vencido por su estridente originalidad, con una cuerda en la lira, que da escasísimos sones. Luis C. López no ha podido superar a Luis C. López. La acidez subjetiva ha vencido a la precisa objetividad. El ensañamiento agrio ha borrado los puntales firmes del paisaje y un derrumbamiento ha cegado la roca que traía a su poesía claridades.

Los versos de *Por el atajo*... se podrían descomponer. Y darían: primero: la nota de lujuria desfachatada: los perros persiguiendo a la perra; el gallo a la gallina; el cura a la sobrina de Casimiro; las impertinencias eróticas de los gatos, etc., etc. Segundo: la murria del poeta y su tedio: pueblos pequeños, monótonos, insignificantes, estúpidos y gente demasiado conocida, que no supieron sino despertarle la ira y exacerbación; y tercero: la colorida nota propia del *sentir* del autor. Falta algo: algo que es esencial. La fuerza de la poesía. En Luis C. López la había y se ha evaporado. El libro le pertenece, es inconfundible, concreta su manera imitable, superable; pero le falta lo que en los otros no se imitaba y podía ser superado.

Da el libro nuevo una impresión de encerramiento, de monotonía; de versos de desahogo, escritos sin otro fin que el desahogarse; de versos que se han hecho para decir lo mismo que había dicho ya el autor para ganar fama; versos hechos en la oscuridad, sin fuego, versos fáciles, comentarios momentáneos de estados de espíritu, invariables; subrayaciones biliosas que lo llevaron a buscar el poco envidiable compadrazgo de Fray Candil.

Y es lástima.

En Luis C. López hay un recio temperamento y una originalidad. Le falta el vuelo que siempre parece haberlo amedrentado. De volar hubiera salido del amaneramiento de su manera. Hubiera —¡Oh murallas de la Ciudad Heroica!— ensanchado su horizonte, *creado* otra manera nueva; hubiera podido ser él, saliéndose de él. Luis C. López es en exceso Luis C. López.

Lo tenía todo y le faltaba algo. Siempre hemos visto con mirada atónita el misterio profundo de las metamórfosis: la del gusano que se tornará mariposa. Luis C. López esperaba el nacimiento de las alas. Las alas no vinieron y, en vez de desprenderse de las cosas, se acabó de hundir en ellas. Su subjetevismo ha hecho presa de todo: calles, árboles, cielos, mares, gentes, saben al poeta; al humo retorcido de su pipa, al rumor recio de sus zapatos, a la sombra dura de su sombrero, al volar *tanto da* de sus vestidos, a la crispación seguida de sus manos. ¡Cansa!

El «aquí hay mucho» que pedíamos para las anteriores obras del poeta contra el decir de Unamuno, lo reduciríamos al «aquí hay algo» para *Por el atajo*... Pocas veces nos han dado los versos nuevos—repetición y más repetición de los versos viejos—una nota fuerte. Todo se ha reducido a curiosos cosquilleos.

Haríamos una excepción por el verso (en el soneto «Se murió Casimiro»), que dice:

> *Se lo llevaron bajo un aguacero,*
> *definitivamente.*

Nos recuerda lo bueno del autor. Dolorosa sensación de abandono, de soledad, de tristeza. El verso es profundamente evocador y sentido. Se desprendió de Luis C. López sin que el poeta se colara en él. Haríamos otra excepción para el soneto «Ante una esquina». Excesivamente de Luis C. López éste, pero hecho con vigor, ahondando la manera, intensificándola y en un principio de otra originalidad.

Hacemos constar nuestra deferencia por el autor de *Por el atajo*... Sabemos que algunos de los defectos que le apuntamos no lo sorprenderán. El sabe bien—y lo confiesa—que su lira es monocorde. ¿Le costaría mucho agregarle una cuerda más? ¿O a lo menos, aumentar la tensión de la cuerda única para que dé sones no dados?

Eduardo Castillo, uno de nuestros críticos más pomposos y desabridos, ha abierto su estudio del poeta con este párrafo de palabrería oratoria:

«En Cartagena de Indias, la ciudad muy Heroica fundada por don Pedro de Heredia, y magníficamente cantada por uno de sus descendientes, el sumo artífice de los «Trofeos», vive el poeta *acaso* el más original de Colombia: Luis C. López».

El más original, aseguraríamos nosotros. Original estridentemente, excesivamente. Original hasta llegar al extremo de convertir en defecto su originalidad.

(*Caminos*. Barranquilla, Colombia).

CABOS SUELTOS

HOSPITALES AEREOS

Una escuela de medicina contemporánea se inclina a considerar las enfermedades—o por lo menos, ciertas enfermedades — como efectos locales de una sangre pobre o impura. Los gérmenes de todo género—dicen— que pululan en las capas inferiores de la atmósfera contribuyen a la prolongación de las enfermedades. En cambio, ¡cuántas curaciones se obtienen en las alturas y mediante el sol libre de las montañas! Y esta idea ha llevado a la concepción de los hospitales aéreos, en donde, a grandes alturas, se tendrían aire puro y sol abundante para purificar la sangre y realizar las curaciones.

Multiplíquense los hospitales en el espacio y pronto el aire quedará contaminado también en esas regiones. Los gérmenes viajan con el hombre. Los más de ellos se producen en el organismo humano y en su vecindad. El hombre de las actuales civilizaciones tiene adormecido el instinto de vivir sano y carece de la ciencia que le permitiría substituir aquel instinto. En vano el médico se esfuerza en curar; mientras las normas de vida continúen siendo las mismas, el paciente sólo cambiará de males.

PARASITOS Y BACTERIAS

¡Cuántas y cuán hermosas luchas representa cada uno de los pasos del Progreso! ¡Qué bellos días los que siguieron a los combates de Pasteur, el revelador de un mundo nuevo! A con-

tinuación, ¡cuánta premura para hacer generalizaciones! ¡Apareció la procesión de sueros junto con la legión de drogas bactericidas!

Ahora, desde la Oficina Sanitaria de Washington se hace una vez más llamamiento a los médicos para que abandonen esos viejos procedimientos y dirijan su atención a los parásitos que—dicen tres médicos eminentes—son la *verdadera causa* de la enfermedad. Las bacterias simplemente ali mentan los parásitos que han hecho, por otra parte, presa de nuestros órganos. Esos tres médicos son: Doctor Brayton H. Ranson, de la antedicha Oficina; Doctor Sado de Yoshida, de Osaka, y Doctor F. H. Stewart, de la Revista Médica Británica.

A pesar de los sueros la mortalidad se acrecienta. ¡Yo pienso que algún Le Sage vendrá para crear, a imitación del Doctor Sangredo, un interesante Doctor Sueredo! ¡Así se dará el paso hacia adelante!

LAS DOS NORMAS

MIENTRAS las mujeres han estado alejadas de la política, como fuerzas independientes, como individuos separados dentro de la comunidad, el progreso moral de las civilizaciones de Occidente ha sido necesariamente muy lento. Es claro que la mujer como inspiradora de la política, así como del Arte, ha existido siempre. Pero jamás el manejo de la república se le ha concedido durante la civilización pseudocristiana. El hombre ha gobernado y ha legislado, como dueño absoluto del género a que pertenece y del cual es sólo una parte: la mitad. De ahí la existencia de las dos normas de la moral occidental: lo que se permite al hombre y lo que se permite a la mujer. La norma femenina es mucho más estrecha, más en consonancia con principios elevados de la moral procedente de los preceptos religiosos. La masculina se ha relajado tanto que sólo por contraste puede considerarse una norma. Desde ese punto de vista nada está más lejos de lo que pudiera considerarse como ideal de la civilización cristiana que esta duplicidad de las normas de vida de ambos sexos. De ahí la creciente conveniencia de que la mujer intervenga directamente en la política, a fin de que la legislación experimente el influjo de su pensamiento, siempre más puro y más justo cuando de las leyes sociales se trata. Ella establecerá leyes que reflejen esa mayor pureza y justicia. Si se la educa y por tanto llega a comprender que el fanatismo religioso, cualquiera que sea su denominación, engendra las batallas y las negaciones más empedernidas, ella se guardará de provocarlas. Pero si no, lo aprendería por experiencia también, como lo han aprendido los hombres y concluiría para siempre el peligro. Pero estas dos normas de vida no pueden continuar subsistiendo, sin la ruina moral de la mujer misma.

R. BRENES MESÉN

Syracuse, N. Y. 1922.

El triunfo de la alquimia

POR LUIS ARAQUISTAIN

HARÁ unos dos años se nos presentó en Madrid un mozo alicantino, de nombre Botella. Era un alquimista que, según contaba, había descubierto la transmutación del mercurio en oro. Los profanos escuchamos su historia con curiosidad y romántico interés. (¿Qué sería del hombre si no creyese en la posibilidad de todos los aparentes imposibles?) Los iniciados en la ciencia química reputaron el descubrimiento como supercherĺa, y si no lo declararon delito, como hizo Enrique IV de Inglaterra en una ley en que se juzgaba como felonía el intento de transmutar los metales, fué menos por tolerancia que por impotencia. Pero he ahí que ahora se anuncia un descubrimiento análogo de un químico alemán. Y el mundo se conmueve, y al temblor dramático con que acogen la noticia los espíritus científicos y poéticos—en el fondo, la misma cosa—se suma el terror cómico con que los estadistas aliados entrevén la inopinada posibilidad de que Alemania pague su deuda de guerra, no mediante el trabajo servil de la nación en masa, que es lo que se quería, sino con el concurso de una simple retorta.

Todavía ha de considerarse como prematura la transmutación de algunos metales—especialmente el mercurio y el plomo—en oro; pero ya son muchos los hombres de ciencia que admiten su posibilidad, conforme a la moderna teoría de la radioactividad de la materia. Por un proceso radioactivo los componentes de la materia se desintegran, y así el uranio degenera en el torio, el torio en el radio y el radio en el plomo. Del mismo modo, no es imposible hacer que el oro se desprenda del mercurio o del plomo. Pero estas desintegraciones atómicas exigen una enorme energía radioactiva, y acaso el costo de su empleo sea muchísimo mayor que el valor actual del oro. Este era el inconveniente económico, por lo que pudimos comprender, del procedimiento de nuestro compatriota Botella, cuya idea era la misma de los más eminentes alquimistas—el legendario Hermes Trimegisto, el árabe Geber, el alemán Alberto Magno, nuestro Raimundo Lulio, el inglés Rogerio Bacon, el suizo Paracelso y muchos otros—, o sea: que basta descubrir la piedra filosofal o el *alcahest* (solvente universal) para separar el oro de algunos metales inferiores; pero, aunque el procedimiento fuera antieconómico, sería innegable el triunfo científico.

Por las noticias que hasta ahora se tienen, el método del químico alemán no es el analítico, que, como queda indicado, consiste en desintegrar los átomos rompiendo su prodigiosa coherencia, sino el sintético, que estriba en una integración de moléculas y es mucho menos costoso. Se trata, en suma, de elaborar el oro sintético, como ya se elaboran sintéticamente otros productos; o sea: de suplir con el artificio de la acción química los procesos espontáneos de integración de la Naturaleza.

Con lo dicho—vulgarísimas nociones de una tan compleja ciencia como es la química—sólo se pretenden dos

cosas: insinuar que el problema de la transmutación de los metales no es ya asunto de magia o superchería, sino reconocida posibilidad científica, y que en este problema viene trabajando desde hace años, en un rincón levantino, un español estudioso, sin más recursos que los de la pobreza aliada al ingenio y sin otra preparación científica que la de un autodidacta; un heredero de Raimundo Lulio, que fué el primero en aplicar el ácido nítrico para disolver el oro.

Estos tanteos para la fabricación del oro tienen el reverso cómico de ese espanto que debe producirles al señor Briand y a otros inexorables reparacionistas franceses la contingencia de que los alemanes puedan pagar su deuda con un metal hecho químicamente, que, por lo mismo, luego ha de valer muy poco. ¡Qué tragicomedia cobrar en un oro que se puede elaborar tan sencilla y baratamente como el papel moneda! He ahí una posibilidad que no cupo prever en el tan previsor Tratado de Versalles. De haber adivinado las intenciones de la química alemana, poco trabajo hubiera costado incluir una cláusula prohibiendo la producción industrial del oro. Pero sólo los dioses pueden preverlo todo.

Sin embargo, más importante que el oro es la piedra filosofal y el *alcahest*, esto es, el método para fabricarlo. Cuando se logre desintegrarlo de otros metales o sintetizarlo con otras moléculas, la ciencia habrá consumado la mayor de sus revoluciones, porque del mismo modo se podrán sintetizar industrialmente otros productos, sobre todo los alimenticios, y acaso aprovechar la inmensa energía encerrada en el más pequeño trozo de materia. Un físico inglés ha calculado que la fuerza de cohesión contenida en el trozo de tiza con que explicaba una lección equivalía a un peso de trescientas toneladas cayendo de una altura de trescientos kilómetros. Cuando esa formidable energía latente en la materia pueda desintegrarse y aplicarse a los usos corrientes de la vida, ¿no parecerá estúpido que los hombres se maten a millones en guerras terribles por unas minas de carbón o por unos pozos de petróleo? Y cuando sea posible fabricar industrial, sintéticamente, el trigo con un poco de sol, ¿no parecerá necio que todo un continente como Europa codicie,—y se arme hasta los dientes para lograrlo,—un país un poco fértil como Mesopotamia? La alquimia, que fué maravillosa intuición, va a entrar en la más maravillosa de las realidades. Y son los ilusos, los poetas, los verdaderos creadores de la ciencia.

(La Voz. Madrid).

Poetas venezolanos

HUMBERTO TEJERA

CRAYON

A Luis Felipe Nava

El ranchito de paja entre la bruma
es triste como un nido abandonado.
La fría soledad de la montaña
entró en él hace tiempos. En el patio,
al camino comido por la yerba,
aun extiende sus brazos
desolante
un naranjo.
El árbol
llama sin comprender, idiotamente.
El vió que a la mujer se la llevaron
en unas andas
un día de mayo;
vió más tarde seguir a los chiquillos
a gente de posibles entregados;
y el hombre, bien lo sabe,
—su tristeza lloraba ella debajo—
el que encendía las quemas,
el que sembró el conuco y alzó el rancho,
en un cuartel de la ciudad lejana
es apoyo inconsciente de un tirano.

EVOCACIONES DEL ITSMO Y DEL CANAL DE PANAMA

A Julio R. Barcos
A Nemesio Canales

Tronco torcido y áspero donde trazó su corte
el hacha formidable del leñador del Norte.

Brazo fuerte y erguido de Colombia la [Grande
de donde descolgábanse las guirnaldas del [Ande.

Meta de las remotas carabelas ibéricas.
Viejo nudo gordiano de las grandes [Américas.

Grillete insoportable que ata dos continentes
diversos, que enseñan, sonriéndose, los [dientes.

Engarce serpentino de la audacia sajona
con nuestra fe retórica, feliz y socarrona.

Ingerto que retoña con la gracia y el brío
del robledal de Whitman y el rosal de [Darío.

Divisoria muralla de gruñentes felinos
—Pacífico y Atlántico—espléndidos vecinos.

Dodónico santuario que señaló la espada
del héroe que hizo cinco naciones de la [nada.

Panamá, retorcido, tropical, viejo boa,
que te tragaste al mismo Descubridor [Balboa.

Faja lueñe que inscribe una exótica hazaña
en la heráldica múltiple de los reyes de [España.

Viajeros del ensueño latino, a despertarte
arribaron otrora Lesseps y un Bonaparte.

Conoces la caricia poderosa y agreste
del cazador de tigres en el salvaje Oeste.

Hoy correo de tu seno selvático al través
manadas de navíos con nombres en inglés.

Por ti se rectifican los arcos de las rutas
y las cancillerías retuercen sus disputas.

Bajo un sol eléctrico toda la noche brilla
el Canal que es del mundo la Octava [Maravilla.

El Canal que ha costado cuatrocientos [millones
y el llanto de la noble Tierra de los Leones.

El Canal cuyas puertas, como quien sopla [un mimbre,
abrió Sam, desde Washington, tocando sólo [un timbre.

Han hecho aquí los yanquis prodigios del [Milenio.
Cultivan aquí, exótica, la flora de su genio.

En la zona no quedan ni un ebrio ni un [mendigo;
todos tienen aquí mujer, pan y abrigo.

En el agua tranquila del Canal sólo rasa
con sus fúnebres alas la miseria que pasa.

El Canal sólo espeja en su calma de seda
la sonrisa del dólar que resbala y que rueda.

¡Espantoso sarcoma de eficacia asesina,
que tiene en sus entrañas la América Latina!

Viejo tronco podrido donde fijó su corte
el hacha formidable del leñador del Norte.

Muñón ensangrentado de Colombia la [Grande
del que descuelgan fúnebres los festones del [Ande.

CABALLITOS EN LA ALDEA

El mago, un pobre diablo
de italiano,
en un rincón de la plazoleta
barrida dominicalmente
ha plantado su paraguas enorme de lona
bajo el cual, al redor del organillo,
dale que dale, revuelan
las parejas de caballitos
—blanco y chocolate—
—blanco y chocolate—
sueño de los chiquillos
aldeanos.

El mago, de ahumados bigotazos,
cobra diez centavos
por el Viaje al País del Ensueño.
Dale que dale al organillo,
un leve mareo a los caballeretes
iníciales desengaños prematuros.
Perriquín llega con una moneda de plata
en cuyo cambio malabariza el mago,
ayudándolo a montar, en desagravio,
en el más bello alazán.
Y girar, y girar,
y el mofletudo,
bien plantado en su piafante,
es superior, sin duda, a Napoleón
en el Paso de San Bernardo.
Detrás va un indiecillo
de gran sombrero tejano, y por lo demás
a medias con la desnudez,
cabalgando, cabalgando,
firme en los cuadrados estribos,
muy Pancho Villa.

Lupita, bucles de oro
caracoleantes al son del organillo,
no es que le agrade, no, aquello;
es que ha venido con sus hermanitos,
y la tentación.... ¡Qué diría
si la viese su novio!

Mocitas campesinas,
rebozo, pies desnudos, morena melancolía,
no cabalgan, sino bogan
en un éxtasis,
elevando a la última potencia el placer
de aquella cabalgata
—acaso un rapto en la noche
por un joven caballero-águila
o caballero-león—
al conjuro del organillo
que llena con su aire alegre
toda la plazoleta
en la tarde lenta y dorada
de domingo.

Y hasta la señora Inés, ¡quién lo creyera!
se arrellana con su cesta de enchiladas
en el Carro de los Dragones
pintarrejeado de oro
que persigue a los caballitos,
a los caballitos
piafantes, girantes,
en fuga circular
hacia el País del Ensueño.

EL PUENTE

Aunque el recio veral de la montaña
no dió troza de largo suficiente,
audaz tendió sobre el abismo un puente
el montañés con montañesa maña.

El titán, injuriado por la hazaña,
amenaza, del fondo, impenitente;
mas la obra, elegante, indiferente,
irgue sobre él su ligereza extraña.

Ya la naturaleza la ha adoptado;
vegetación graciosa la enverdece,
y está de musgos su armazón vestida.

Así parece, sobre el río enconado,
una ilusión gloriosa que florece
sobre el turbio murmullo de la vida.

(Tomados de *El arbol que canta*. México. 1921).

Algo nuevo en la educación alemana

POR H. W. PUCKETT

GEMEINSCHAFTSSCHULE es un término que, por un golpe de fortuna política, ha saltado, literalmente, hasta quedar en prominencia en Alemania en este año. ¿Qué significa? Es palabra de acuñación reciente; la cosa en sí proviene de la post-guerra. Trátase todavía de un experimento. Pero a causa de su importancia en relación con los métodos educacionales, se le ha atribuido considerable interés a un informe acerca del asunto dado por cuatro de las escuelas que hacen el ensayo.

En cierto modo, la historia es vieja. Lo mismo que indujo a Pestalozzi a rebelarse contra el sistema dominante en sus días, lo que ha conducido a muchos de los hombres de la escuela a medidas desesperadas, todo eso está presente en la raíz de la nueva reforma. El esfuerzo excesivo, la tensión de la vida escolar alemana, han sido notorios. A eso se ha atribuido el gran número de suicidios entre la juventud escolar, y las mismas causas han figurado predominantemente entre las del interesante fenómeno de desasosiego o inquietud, la *Jugendbewegung*.

Después del sistema militar, siguen las escuelas alemanas, sin haber encontrado rival, en cuanto a la ejercitación continua e inmisericorde. Ciertamente que ello ha producido la amplitud del gran trabajo ejecutado, y ha permitido hacerlo completo; pero que esa perfección ha costado demasiado, es algo que ahora generalmente se reconoce.

Al mismo tiempo, ninguna clase de solución política parecía capaz de intentar una modificación práctica del sistema tradicional. Afortunadamente los socialistas han querido experimentar en educación lo mismo que en materias de gobierno, y a las mayorías socialistas se debe que en centros tan vastos como Hamburgo y Berlín hayan podido mantenerse las *Gemeinschaftsschulen* durante los dos años y medio que llevan de existir.

Cabría llamarlas mejor Escuelas mutuas, pues el maestro, en vez de gobernar de un modo absoluto y por derecho divino, como si dijéramos, es a lo sumo un administrador de una empresa en la cual alumnos y padres son los más interesados. Tal, al menos, el ideal. La cooperación es la clase, y la ausencia de toda forma compulsoria, la característica más radical de esta nueva educación. Por supuesto que desde tiempo es un hecho bien establecido que la educación impuesta fracasa, y que la instrucción sugerente a más de eficaz es interesante. Pero quizá nunca había sido intentado el ensayo en tan grande escala como en las escuelas de Hamburgo.

Las Escuelas mutuas no tienen clases como tales. Hay grupos de alumnos, seleccionados sin pretender igualar las habilidades, sin tomar en cuenta tampoco las diferencias de edad, sino por sobre todo eso, la afinidad o comunidad de intereses. En las materias enseñadas, lo abstracto y lo teórico son reducidos a lo mínimo. Dondequiera, el trabajo de la mano acompaña al de la cabeza. Los alumnos son estimulados de manera a que, cuando sea posible, fabriquen sus herramientas y construyan sus aparatos. Es, en suma, el método de proyectos con una tendencia particularmente práctica.

El trabajo en común se acentúa de modo especial. Aunque se supone que a cada niño debe dársele a hacer lo que sea más adecuado a sus condiciones, y aunque la variedad de cursos y la atención al individuo son mayores que en las escuelas ordinarias, —la cooperación y el trabajo colectivo, más que la individualización, constituyen el ideal.—El novicio aprende ayudando al iniciado; éste, ayudando a aquél. Así se engendra en ambos un sentido de la responsabilidad. Y éste, que es requisito de éxito en la empresa democrática, se convierte en un *sine qua non* de la Escuela mutua. En él descansa todo el plan disciplinario. No podría ser de otra suerte en una escuela que excluye compulsiones y castigos.

Eso en lo que dice relación al aspecto teórico de la Escuela mutua. Puede fácilmente imaginarse la crítica: «falta de disciplina, desigualdad de la instrucción, la tentación para el maestro de rehuir la presentación científica de su trabajo, ausencia de articulación con el sistema escolar en que se apoyan las superestructuras de las carreras oficiales y profesionales, etc., etc.» El ensayo ha tenido que estar a la defensiva desde su iniciación. El elemento que infunde esperanza en la

Los nuevos cuentos

EN la segunda edición de *Los cuentos de mi tía Panchita*, aparecen estos nuevos:

1.—Tío Conejo y los caites de su abuela.
2.—Tío Conejo y el yurro.
3.—De cómo tío Conejo salió de un apuro.
4.—Tío Conejo ennoviado.

El último ha sido recogido en Bagaces, de boca de Juanita Aragón, la buena maestra.

situación es la amplitud del criterio de los promotores. Desarman a los opositores con la afirmación de que sólo se trata de un experimento. Y esa actitud, en vista de la necesidad de algo más eficaz que los viejos métodos, conquista amigos.

Otro elemento significativo, que no debe ser aminorado al juzgar el asunto, es la conexión de los padres con la Escuela mutua. Actúan no simplemente como críticos benévolos, al igual que en las asociaciones de padres, sino que colaboran activamente Algunos de ellos, al menos, son llamados a impartir instrucción a las reuniones de maestros, y en general se les hace compartir la responsabilidad del trabajo. En todos los conceptos, ha sido ese uno de los rasgos del sistema que mejor resultado han obtenido. Al principio los padres dudaban: al fin han llegado a ser entusiastas y a trabajar prácticamente con alumnos y maestros, a los cuales han dado contribuciones voluntarias y aun ofrecido, en casos de necesidad, sus propios hogares para la facilidad o la continuación del trabajo. Ellos han sido realmente los sostenedores de la Escuela mutua. Hablan con orgullo de «su» escuela y no pierden oportunidad de elogiarla. El apoyo de los padres puede estimarse por el hecho de las ausencias que llegaban a ser al comienzo hasta de un diez por ciento y llegaron a reducirse a la mitad del uno por ciento. Tal estimación no le da al maestro todo lo que le corresponde. Los niños no necesitan ser sujetos a ninguna coerción. El trabajo los complace y es de notar que, cualquiera que sea la causa, el número de alumos aumenta constantemente.

El verdadero peligro grave que las Escuelas mutuas tienen que afrontar, proviene de la política. En enero el concejo de la ciudad de Berlín llamó a Wilhem Paulsen, uno de los fundadores de la Escuela mutua, a la superitendencia de las escuelas de Berlín. La elección de Paulsen fué objetada por todos los partidos no socialistas, en razón de las teorías educacionales del nuevo superintendente. Así, desde que los socialistas perdieron su mayoría en octubre, la vida de las escuelas en Berlín se ha dificultado. Mientras tanto, el asunto ha adquirido la importancia de una cuestión nacional. El Reichstag prepara desde abril una resolución que determinará la naturaleza de las escuelas comunes. Lo que se discute es si las escuelas deben o no ser confesionales. El término *Gemeinschaftsschule* (escuela que es por sobre todo no confesional) se está empleando para describir el tipo de institución que los reformadores pretenden implantar.

En el estado presente de los sentimientos populares es difícil esperar que una escuela tan radical como la mutua puede convertirse en norma para todo el país.

Parece más probable que la expansión de la reforma iniciada en aquélla haya de esperar la generalización de más estables condiciones. Entre tanto, Hamburgo, más democrática, mantendrá viva la floreciente promesa.

(Trad. y envío de OMAR DENGO).

POEMAS

POR LOGAN PEARSALL SMITH

(Tomado de la Revista *Caminos*. Barranquilla, Colombia).

[Logan Pearsall Smith es miembro de la *Society for pure English*, y ha escrito un libro de poemas: «Trivia». Las palabras sabias rumbean túnica de color en Logan Pearsall Smith; lo cotidiano tiene en él rancidez añeja y bullidora alegría actualísima. Pasa vestido de color oscuro por Oxford Street con rosas en el ojal y rosas en los ojos].

EL TRIGO

UNA o dos veces, en mis paseos campo a través, he encontrado al señor Vicario, que ha aprovechado la ocasión para decirme el contentamiento que le producía mi afán por la cultura... A pesar de que no acababa de comprender mi interés por el Trigo.

Tampoco yo he podido explicar al señor Vicario la ternura particular que el Trigo me despierta: lo definiría al decir que es una especie de admiración asombrada. Poco hace que al atravesar un campo, que había visto amarillear detrás de los árboles, fuí deslumbrado por la manifestación de la vasta extensión de oro. Bajo la intensidad azul del cielo me bañaba en esta intensa amarillez que empañaba las encinas y los bosquecillos y todo el fondo del paisaje británico. Jamás había soñado la gloria del Trigo, ni jamás mis lecturas me habían podido hacer imaginar que un país tan alejado del sol pudiera producir algo tan rico, tan pródigo, tan atrevido, como esta opulencia de oro bermejo brotado de la tierra, estallado como de un mar de subterráneas llamas. Y me acordé que en el transcurso de millares de años había sido el Trigo la fuente de toda riqueza, la opulencia atesorada en las ciudades famosas y en los gloriosos imperios. Volví a ver todos los tiempos del culto al Trigo. Los bueyes uncidos a la carreta; las vastas granjas; el grano amontonado en las eras; el agua golpeada por las ruedas de los molinos de alas que voltean perezosamente al viento; los campos de trigo durante la siega; las garbas y las gavillas en montones bajo la púrpura de los ponientes o la hoz de la luna... Me había sido posible hallar en el paisaje del Norte toda la belleza antigua, apasionada y bíblica del país del Sur.

CUESTIONES COMPLEJAS

LOS tiempos son duros, aseguró el señor Vicario, y los ingleses se hallan en presencia de problemas bien complejos. ¿Cómo decirle al señor Vicario las cuestiones que a mí me apasionaban en estos días, si le hubieran parecido pueriles e imaginariaas? Hay que confesar que únicamente me causaban placer las complejidades de mi pensamiento, sus carreras vagabundas, sus transformaciones raras, la manera singular y fácil con que poblaba de ágiles ninfas las selvas inglesas, transformaba los vergeles británicos—vistos en la aurora o al rayo tardo del sol—en jardín de las Hespérides. A veces eran simples nombres los que me obsesionaban: «Malgalat, Galgalat, Seraim». ¿Eran estos los nombres de los Reyes Magos del Oriente? ¿O se llamaban «Atos, Saratos, Oparatoras?» ¿Cuáles eran los nombres de las ninfas que vió Acteón bañarse en compañía de Diana, y cuáles los de los perros que dieron mortal caza al indiscreto

El Cántaro Fresco

YA esta lista, en elegante edición del *Convivio*, esta preciosa obrita de Juana de Ibarbourou.

La insigne poetisa uruguaya ha autorizado la edición costarricense del *Cántaro Fresco* en estos terminos:

«JUANA DE IBARBOUROU saluda atte. a su amigo y colega J. García Monge y le manifiesta que, encantada con su pedido referente a mi Cántaro, me consideraré muy honrada con que ocupe un lugar en su hermosa colección EL CONVIVIO. Puede disponer de él, como guste. Y gracias por los bellos libros que me ha enviado.

Mayo 22-1921»

El Cántaro Fresco esta a la venta en la Librería de don Jaime Tormo. Precio del ejemplar: ₡1-00.

temerario? «¿Ladón, Arpya, Laelaps, Onesitrophos, como dicen algunos eruditos, o como lo afirman otros, apoyándose en remotos infolios auténticos, Boreas, Omelampus, Agreus, Aretusa Gorgo?»

BLIGH HAUS

El pasear a caballo, camino del Oeste, bajo los muros de Bligh, ha venido a mi memoria un episodio de las guerras civiles acaecidas durante el bien conocido sitio del Castillo. En las filas de los asaltantes—los cabezas redondas de Waller—se encontraba un estudiante joven, poeta y enamorado de las musas, que luchaba por una causa que creía él ser la de la vieja Libertad. Un día, en el más fragoroso de los combates, perdióse en avanzada; escaló un muro y se encontró de repente en el jardín tranquilo del Castillo. Ya allá, olvidado de la batalla y despreocupado de las balas, que como avispas furiosas lo rozaban, el joven oficial se distrajo cogiendo rosas, — rosas encarnadas, estriadas de blanco y de rojo—, que querían llevar al Castillo por amor a una belleza de la Corte, sitiada tras de los muros con su padre, pero cayó en el camino, alcanzado por una bala perdida o herido tal vez, por algún compañero de su mismo partido. Algunos versos del joven oficial—escritos a la manera afectada de la época y casi ilegibles para nosotros—han sido conservados. El retrato de la dama puede admirarse en el salón blanco del Castillo, pequeña figura melindrosa y marchita, con grandes bucles y arracadas de perlas en las orejas, y con una ropa de seda color de ámbar.

MI BUEN AMIGO

Me encontró mi buen amigo vagueando por el West End y empezó a hablarme de Ella. Nada como sus ojos cargados de una luz de atardecer, fieles y reveladores. Era la mujer ideal para mí, la que había nacido para amarme, la que me esperaba. Ella nada sabía de la vida ni del mundo. Las puertas del colegio se le cerraron al abrírsele el alto puente elevadizo de su castillo feudal, apartado del vaho corruptor de la ciudad. Desde los torreones contemplaba los largos caminos de su parque, que amarilleaba el otoño, y pensaba en mí, en su elegido, en el que había sabido despertarle un amor ardiente e imperecedero. Mi buen amigo seguía hablando y yo callaba. Ella era ya mía. Su juventud me esperaba, buscándome en vano en la linde del camino que se perdía en la lentitud crepuscular de los días otoñales. Ningún hombre había aspirado su luz. Y era bella Ella. Su cabellera rodaba sobre sus rubias espaldas como las hojas de los árboles muertas de sol sobre la hierba tostada de los senderos; su boca ardía como un crepúsculo sobre los dormidos lagos de las landas. Su piel era olorosa como un valle. Mi buen amigo seguía hablando, pero yo ya no lo escuchaba. Es que me había acordado de que mi buen amigo se llamaba Yago.

(Los tres primeros poemas de Logan Pearsall Smith se tradujeron para «Caminos», del libro «Trivia», y el cuarto, de la última entrega de «The Owl»).

En la hora de las Democracias

Por RAMIRO DE MAEZTU

El imperialismo ha desaparecido porque ha sido derrotado definitivamente en los campos de batalla. Derrotado definitivamente, porque la experiencia de la guerra mundial ha demostrado que las democracias son más fuertes, militarmente, que las autocracias, excepto cuando se hacen pacifistas, enfermedad de que tampoco están inmunizados los absolutismos. Entre cien hombres organizados bajo una disciplina activa, y otros cien organizados bajo un sistema de disciplina pasiva, la experiencia ha demostrado que los cien primeros pueden hacer con los segundos lo que quieran, jugar con ellos inclusive, porque los soldados de la disciplina pasiva no tienen ni la esperanza más remota de victoria.

El socialismo ha fracasado, porque la experiencia de Rusia ha demostrado que hasta para que las casas conserven sus tejas y cristales hace falta que alguien se halle interesado en mantener el valor de las viviendas, y un orden público que garantice la satisfacción de este interés, y que si falta el interés privado, como no se haya sustituído este gran estímulo por otro más intenso, como el religioso o el patriótico, toda la economía nacional se viene abajo, como se ha venido abajo en Rusia, desmoronando consigo el socialismo ruso y el sueño socialista en toda Europa.

Esta es la hora de la democracia. Ha caído el imperialismo, y las grandes concentraciones capitalistas que ha dejado en pie no pueden ya ejercer la fascinación que producían cuando eran los instrumentos de una obra imperial que se ha venido al suelo. Ha caído el socialismo, y los hombres que se agarran a su sombra no tardarán en convencerse de que no están tocando nada, mientras no se hagan tangibles los fantasmas.

Esta es la hora de la democracia, porque es la hora de la pequeña propiedad, de distribuir la propiedad en tal forma que se haga asequible al trabajo y preparar las bases de una sociedad mejor, en que lo mismo desaparezcan la propiedad que no trabaje que el trabajo desligado de las responsabilidades propietarias. Esta es también la hora de llamar a los pueblos a la vida de la cultura superior, distribuyéndola de tal manera que no se queden fuera de ella sino los que voluntariamente la rechacen. Esta es también la hora de distribuir el Poder público de tal suerte que todos los hombres sean ciudadanos, para lo cual hay que asociarlos, lo mismo por sus funciones especiales que por sus funciones comunes.

(*El Sol*, Madrid).

Un ideal para nuestra vida

Por ALBERTO MASFERRER

[Leído al inaugurarse una Escuela Nocturna de artesanos].

UNA tarde, en alta mar, a los últimos rayos que el sol tendía sobre las olas azuladas, vi pasar un enjambre de peces voladores. Surgían del agua como pequeñas saetas disparadas de algún potente arco; volaban, despidiendo centellas de sus escamas brilladoras, e iban a caer allá, a lo lejos, desgarrando las ondas, como si del cielo lanzaran sobre el mar una lluvia de flechas argentadas.

Aquellos peces me enseñaron una emocionante lección. Nunca, ni en los mejores libros que hablan del poderío de la voluntad, ni en obra alguna de arte donde se pondere el amor a elevarse y a perfeccionarse, comprendí como entonces, el anhelo de luz, el ardiente deseo que todas las criaturas sienten de realzar su naturaleza; de alcanzar una vida más noble, más consciente, más compenetrada con el bien y con la verdad.

Sí! hasta la pobre y repulsiva mosca que os importuna con su monótono zumbido, os diría, si fuerais capaces de entenderle, que ella también suspira por convertirse en mariposa; y en la estridente voz de la rana, oirías balbucir esta melancólica frase:... ¡quién pudiera cantar como una alondra! ¡una vez siquiera, y luego morir!...

En las lluviosas y tristes noches de agosto, la invisible luciérnaga se nos hace presente con sus pasajeros fulgores: un instante, tan sólo un instante, ella, la imperceptible, la oscura, se torna luminosa, y nos dice: ¡mirad, hay en mí una pequeña estrella; ayudadme, ayudadme, y veréis cómo ya nunca dejaré de alumbrar!

Y también nosotros, también los hombres llevamos oculta una luz: también entre el afanoso trabajo de nuestra vida diaria y vulgar, puede escucharse el canto de una alondra; también cada uno de nosotros, pobre oruga, pudiera cambiarse en mariposa; también como aquellos pecesitos, podemos surgir, y elevarnos por sobre las ondas, y brillar como ellos a los dorados reflejos del sol, y declarar ante el Universo que tenemos unas alas en germen, y queremos volar!...

*

VED aquí, ahora, a estos trabajadores que se disponen a convertir su cansancio en actividad, a emplear sus horas de reposo en los afanes del estudio. Anhelosos de luz, anhelosos de vuelo, anhelosos de canto, anhelosos de mostrar el oro escondido de sus vidas, hasta hoy silenciosas y oscuras, vienen a nosotros, y como la luciérnaga nos dicen: ¡ayudadnos! para que la pequeña estrella que hay en nuestras almas fulgure con esplendor que no se apague!...

Según mis fuerzas, responderé a esa voz, ofreciendo a estos hombres lo que más necesitan: una orientación, un punto de mira en el momento de emprender la jornada.

*

AMIGOS, el tesoro de los que viajan es la brújula: que andéis por los desiertos o en los mares, nada os será de más consuelo y fortaleza que esa sensible aguja; ese imán fiel y pertinaz que mira siempre al norte. Es una cosa, al parecer, insignificante (la máquina más sencilla y vulgar tiene más piezas y más complicados movimientos): una aguja que gira sobre un eje y marca siempre el mismo rumbo.

Pues bien, os digo, ciertamente, que toda vida sin orientación carece de interés; que toda inteligencia sin un punto de mira será nula o dañosa, y que toda la ciencia que podáis adquirir, no os hará más felices, ni mejores, ni más útiles, si no está subordinada a un designio elevado; regido por lo que se llama *un ideal*.

Pensad en esto y respondedme: ¿por qué queréis instruiros? ¿Qué pensáis hacer de vuestra aritmética, de vuestra gramática, de vuestra contabilidad?

El saber, por sí solo, no es un elemento de dicha ni de bondad: hasta diré que es un elemento de infelicidad, de perversión y de ruina. Ved, si no: ¿quién nos encarece la vida, día por día, hasta el punto de que el maíz, un serrucho, un trozo de manta lleguen a ser inaccesibles para muchos? Gente que sabe demasiada aritmética. ¿Quién eleva incesantemente los impuestos, los derechos aduaneros, las contribuciones de toda clase? Gente que sobresale en contabilidad. ¿Quién nos engaña y nos seduce, por medio de la prensa, lanzándonos a guerras torpes e injustas; a revoluciones insensatas; induciéndonos a modas y costumbres ruinosas y absurdas; falseando los sucesos, y ocultándonos la verdadera causa de nuestros males? Gente que escribe con mucha gramática y retórica. ¿Quién nos administra una justicia que jamás cae sobre los poderosos y pesa siempre sobre los que no tienen influencias ni dinero? Gente muy docta en jurisprudencia.

Y en cuanto a felicidad personal ¿quién está más descontento de la vida; quién padece más inquietudes, hastíos, zozobras, desalientos, incertidumbres y tinieblas que esos hombres que, después de escudriñarlo todo, repiten, suspirando, aquellos versos de Juan Diéguez: «¡oh qué dicha, qué dicha es no pensar!...»?

Goethe nos revela también esa esterilidad del saber para los hombres que carecen de un ideal, en aquellas sombrías palabras de Fausto: «Física, Metafísica, Derecho: Medicina también, y Teología... todo lo sé; ¡ay de mí!... y ya están secas todas las fuentes de mi vida!»...

No, la ciencia, si no está orientada en un sentido generoso, si no está al servicio de un ideal, no hace a los hombres ni más dichosos ni más buenos, sino más infelices y más perversos.

Y bien, preguntaréis ¿qué es un ideal? ¿Cómo se encuentra y cómo se le sirve?

«Nada es más barato que los ideales», dice William James, y en efecto, pocas palabras han sufrido tantas profanaciones. Los ambiciosos fracasados: los que ansían derrochar dinero y no lo tienen; los vanidosos que no han logrado figurar, nos hablan quejumbrosos de que no han podido realizar sus ideales. Para otros, un ideal es algo así como un sueño, una quimera, o el producto del ajenjo, de la morfina, del opio o del tabaco. Para otros, en fin, se trata de un propósito que exige terribles y constantes sacrificios

y que sólo pueden concebir y perseguir los santos y los héroes.

A mi parecer, un ideal puede ser siempre claro, concreto, amable, práctico, generador de felicidad para quien le sirve, y de beneficios para los demás.

Los ideales son diversos según los individuos, según la edad, según los conocimientos: el de hoy, contrario al de ayer; el mío, opuesto al de mi amigo; no se parecen sino en que todos nacen de una misma fuente, que es el amor a nuestros semejantes, y en que viven y prosperan nutriéndose con un mismo alimento, que es la sinceridad.

Hay en cada uno de nosotros, dice Max. Nordau, además de la conciencia individual, o instinto egoísta, que determina los actos conducentes a nuestra dicha personal, una conciencia colectiva, o instinto altruísta, que determina los actos conducentes a la conservación y la felicidad de la especie. De esos dos instintos, contrarios sólo en apariencia, nacen todos los deseos, pensamientos y actos del hombre. Aquel representa la vida animal, el otro la vida moral; el primero hace al individuo; el segundo hace la sociedad.

Pues bien, de esta faz moral de nuestra naturaleza; de ese amor a los demás, nacen *los ideales*, o maneras de manifestarse en cada uno el instinto de la especie.

Así es que no se trata de una virtud heroica y singular, accesible sólo a los hombres extraordinarios, sino de una capacidad natural a todo hombre sano de cuerpo y alma, tan esencial a nuestra vida como respirar y andar.

Yo, decía Daniel Sterne, he vivido siempre enamorado, y por eso me he sentido siempre dichoso, y siempre he sido bueno.

En efecto, el amor es la fuente más rica en felicidad y en acciones generosas.

El que verdaderamente ama, se halla siempre como embriagado, y siente un misterioso y perenne impulso de hacer a los demás partícipes de su felicidad. Pedid sin recelo al hombre que ama, y veréis que fácilmente os da, desde su dinero hasta su corazón; desde sus ideas hasta su vida!

Pues tener un ideal es, en cierta manera, como sentirse enamorado, accesible siempre al desinterés y a la dicha. Por eso el suicidio no ataca nunca a los hombres que tienen un ideal.

¿Por qué he de matarme? La vida tiene para mí un sentido y un objeto. Padecemos enfermedades, pobrezas, e infortunios, como todo hombre; mas no me faltarán alegrías: cada vez que logre adelantar un paso en la realización de mi ideal, me sentiré confortado y con nuevos alientos para luchar. Así, la vida mía será como el cielo, que nunca puede hallarse siempre en las tinieblas, pues el sol le alumbrará a cada nuevo día. Cuando el pesar me hostigue y la desolación me quebrante, soñaré con el próximo advenimiento de la dicha: tal como el pajarito que se reanima y fortalece contra los terrores de la noche, pensando en la próxima aurora.

Dijimos que los ideales, bien entendidos, son realizables, esencialmente prácticos—lo más práctico que puede existir.—El ideal no consiente fantaseos ni dilaciones: quiere que le sirvamos con actos, no con ensueños ni palabras. ¿Eres *realmente* hombre de ideales? Pues eres, más que nadie, hombre práctico, hombre de acción, hombre *que hace*. Y más intensamente lo seréis, cuanto más fuerte y constante sea la fe en vuestro ideal. Colón tenía un ideal, y le servía. ¿Quién de vosotros haría lo que él hizo? Jesús, vivió sólo para su ideal. ¿Cuántas generaciones de hombres serían necesarias para hacer como él una renovación del mundo?

¿Qué fueron todos los descubridores e inventores? ¿Qué son los que han creado las ciencias, las artes y cuanto sirve para solaz y beneficio de la vida? Hombres de ideales; hombres prácticos, hombres de acción.

Y ahora, me preguntaréis: ¿qué ideal debe escoger cada uno de nosotros?

Aquel que más despierte vuestra simpatía; aquel que, sirviéndole, os haga más felices; aquel a cuyo solo nombre se vigoricen vuestras energías; aquel que dé mayor expansión a todo vuestro ser; pues, en efecto, a cada paso que avanzamos en la senda de nuestro ideal, sentimos que nuestra vida se hace más amplia y más intensa.

Uno trabajará por extender la enseñanza, otro se esforzará para que los ancianos y los mendigos tengan un asilo; éste luchará contra la ebriedad y el juego; aquél difundirá la higiene. Recoger y educar a los huérfanos; emancipar a las mujeres de la sujección en que las tienen casi todos los hombres incultos; reivindicar para los reos el derecho al producto de su trabajo; combatir la influencia excesiva de las armas, que entre nosotros predominan sobre la inteligencia y sobre la bondad; moralizar al clero, tan apartado de su verdadera misión; depurar al comercio, tan bastardeado por el fraude, por la falsificación y por la mentira; purificar el estudio y el ejercicio de la jurisprudencia, a modo de que no continúe siendo el azote de la verdadera justicia; contener y suprimir el monopolio de la tierra, para que no acabemos hechos esclavos de unos pocos amos; apartarnos de toda tiranía, sea quienquiera el que la ejerza; abolir los infames trabajos forzados a que todavía están sometidos los indios; he aquí otros tantos ideales que solicitan adeptos, y cuya realización es necesaria para que nuestro país merezca de veras llamarse cristiano y civilizado.

Esos, y otros más son ideales dignos de consagrarles nuestra adhesión y nuestras fuerzas. Si os parecen harto difíciles, buscad los más sencillos y humildes: siempre hallaréis manera de emplear vuestra fuerza expansiva, dando a los demás hombres el sobrante de vuestras energías.

Dar, dice Guyau, es tan necesario para la salud y la dicha, como recibir. Tal vez más, añadiremos, porque sólo el que da recibe. Tan justiciera es en esto la naturaleza, que no favorece con sus dádivas más preciosas sino a los que se dan por entero y con entusiasmo generoso.

Dar, es una manera de hacerse superior, de sublimarse, de tornarse excel-

Anatole France contra Benvenuto Cellini y Cía.

DON RICARDO.—Conocí un hombre que tenía en su cabeza más libros que los que usted podría abarcar con sus dos brazos, amigo.

EL JOVEN.—Puede ser, (reparando en que trae dos libros en la mano) pero entiendo que los tendría cogidos antes de metérselos en la mollera.

DON RICARDO.—Noto, amigo, que trae usted «El figón de la reina Patoja» y la «Vida de Benvenuto Cellini» escrita por él mismo.

EL JOVEN.—Sí, señor. Y quería mostrarle una cosa curiosa que me encuentro en ellos. Empezaré cronológicamente: Cellini, en su vida, dice que su padre, para fijar en él de modo imperecedero la memoria de haber visto juntos una salamandra en el fuego, le dió un gran coscorrón. Y ahora, hace pocos años, A. France, en este libro que traigo, fija la memoria, en un suceso que es escena parecida, de igual manera, la visión de una salamandra indemne entre las llamas.

DON RICARDO.—Claro. Y usted viene a decirme, «empezando cronológicamente», que A. France plagia de un libro que supone olvidado por los demás. No, amigo. Ese libro es todo una burla a las ciencias ocultas y France no hace, en el gran descubrimiento que cree usted haber hecho, otra cosa que burlarse inocentemente de las salamandras y de los que las ven. Una ironía es toda la vida de este amable pero perjudicial francés, que empieza su burla eterna desde que escoge pseudónimo, se casa viejo, y se ríe de la vida corta, gastándose ya más de los setenta.

EL JOVEN.—Hasta luego, don Ricardo.

SAMUEL ARGUEDAS

(*Envío del Autor*).

so. Porque sólo da el que es rico, sólo da el que es poderoso. Sed todos vosotros ricos y poderosos, pensando en los demás, viviendo en los demás. Temed ser egoístas, porque, sin falta, el egoísta degenera y se arruina. Hoy o mañana, el egoísta, el que sólo vive para sí mismo, se hará necio, se volverá ignorante, perderá su salud, se tornará repulsivo, débil, desdichado.

Dad; ofreceos por medio de vuestros ideales: que una parte, siquiera reducida, de vuestro yo, sea para los demás, y habréis encontrado el secreto de toda ventura. Y esa ventura puede alcanzarla el más pobre, el más humilde de vosotros.

Conocí en Valparaíso a un zapatero, muy pobre, muy humilde, pero de espíritu amplio y cultivado. Ganaba, como obrero libre, lo indispensable para vivir él, su mujer y sus hijos. De tarde en tarde se daba el lujo de comprar algún libro, que estudiaba con ansia.

Pues aquel oscuro y pobre trabajador, es quizá, de cuantos hombres he tratado, el que más hondamente sentía y practicaba esta religión de vivir para un ideal.

¿Qué pensaréis que hacía? Calculando, por el valor de su trabajo diario, lo que ganaba en cada hora, destinaba el producto de una hora diaria a socorrer a los niños más pobrecitos del barrio. Un auxilio muy pequeño, sin duda, ¡pero qué grande, si lo consideramos como manifestación de un alma!

En verdad, aquel obrero desconocido, cuando muera, no habrá pasado por la tierra como un ser inútil: su vida no fué la de una ostra sino *la de un hombre;* no existió como un simple animal, sino como una conciencia; y si hay en el Universo una Compensación y una Justicia, su oscura y silenciosa existencia será aquilatada como una perla.

Aquí abajo, todos podemos ser así tan nobles – y vosotros, los trabajadores manuales, acaso más que nadie, pues todavía no tenéis el espíritu nublado por las riquezas ni pervertido por la costumbre del poder.

Ved, pues, si escogeréis ser una ostra, un saco donde se echa comida, un maniquí al cual se adorna con abigarrados trajes; ved si de vosotros, mediante la instrucción, han de salir nuevos esbirros, nuevos egoístas, nuevos explotadores, nuevos opresores, nuevos parásitos, o si veremos surgir *hombres de corazón,* que inicien *una nueva vida,* orientada y ennoblecida por el culto de los ideales más elevados y benéficos.

Con todo mi anhelo deseo para vosotros una fervorosa decisión que os impulse por este camino. Que os sintáis como los pecesitos voladores y como las luciérnagas, capaces de desarrollar la belleza y la verdad que dormitan en vuestras almas; que aprendáis a remontaros como la alondra, y a brillar como la mariposa.

1910. *(Envío del Autor).*

Erratas

En la página 331, donde dice POETAS ARGENTINOS, léase POETISAS URUGUAYAS.

En el artículo «EL RITMO EN LOS FENÓMENOS NATURALES» publicado en el penúltimo número, hay que corregir en la página 391, columna 3, línea 61, la palabra *precisión* y leer en su lugar *precesión*.

Rabindranath Tagore en Suecia

Tomado de la Revista *El Maestro,* México, D. F.

[En 1913 la Academia Sueca concedió el premio Nobel de Literatura al escritor hindú Rabindranath Tagore, quien no pudo presentarse en Estocolmo para dictar una conferencia, como es de costumbre, sino hasta el mes de mayo de este año

La admirable conferencia de Tagore es el último de los grandes acontecimientos intelectuales y por tal motivo la transcribimos íntegra, con la seguridad de que impresionará gratamente la belleza sencilla de sus ideas].

RECUERDO la tarde en que recibí un telegrama de mi editor en Inglaterra, comunicándome que se me había acordado el premio Nobel. Me encontraba en Shantiniketan, (Escuela de Tagore en Bolpur) que yo supongo que la mayoría de ustedes conocen, y justamente en ese instante estábamos en camino hacia el bosque, cerca de la escuela. Cuando pasábamos frente a la casa de Correos y Telégrafos, vino un mensajero con un telegrama en la mano, corriendo hacia mí. Iba conmigo en ese momento un huésped inglés y como creí que el telegrama no era importante, lo metí en el bolsillo con el propósito de leerlo a la llegada; pero mi huésped tenía seguramente conocimiento de su contenido, porque me pidió que lo abriera inmediatamente. Leí el mensaje, que yo apenas podía creer. Consideré probable que el giro telegráfico hubiera sido mal interpretado, pero finalmente me convencí de que era la verdad. Lo que especialmente me conmovió fué el contento de los niños y de los maestros, por el grato suceso. Estos, que me amaban y a quienes yo amaba, se regocijaban por el honor recibido y yo comprendí entonces que mis compatriotas participarían de la misma manera del contento, ante la honrosa demostración. A la noche, sentado solo en la terraza, me preguntaba cuál sería la causa de que mis poesías fueran bien acogidas en Occidente, siendo hijas de otra raza, separada de los hijos de Occidente por aguas y montañas. Y yo puedo asegurar a ustedes que no fué con arrogancia sino con temor, como yo mismo me examinaba; y en ese instante me sentía humilde.

Me acuerdo cómo mi actividad se

desarrolló desde mi más temprana juventud. A los veinticinco años vivía en el más completo retiro en mi botecasa, flotando sobre las aguas rumorosas del Ganges, con los patos silvestres del río como única compañía. Allí bebí como vino el sol profuso de las extensiones, y el murmullo del río me hablaba de los secretos de la naturaleza. Yo soñaba y daba forma a mis sueños en poesías y relatos que mandaba a los diarios y revistas de Calcuta. No sé si los poetas occidentales pasan su juventud en tal retiro; pero no creo que sea posible: la soledad no tiene ningún lugar en el mundo occidental. En consecuencia, era yo por este tiempo un hombre desconocido, conocido sólo en mi propia provincia. Yo estaba satisfecho con este aislamiento, que me protegía de la curiosidad de la gente. Pero vino un tiempo en que mi corazón sintió un anhelo de salir de este aislamiento, con el objeto de trabajar por el bien de la especie humana, anhelo de no soñar y meditar sobre los problemas de la vida solamente, sino también dar expresión a mis ideas, trabajando por otros. Entonces tuve el pensamiento de enseñar a los niños. Yo no tenía ninguna predisposición, especialmente no habiendo tenido la ventaja de una enseñanza ordenada; pero tenía amor a los niños y a la naturaleza y mi finalidad era dar a aquéllos la libertad de disfrutar de la vida. Yo mismo, cuando niño, sufrí mi tiempo de prisión en la escuela, necesité también pasar a través de máquinas de instrucción, que aplastan todo contento de la existencia, de lo que los niños tienen sed. Fué mi objetivo dar a éstos la libertad a que tienen derecho desde su nacimiento.

Reuní algunos niños a mi alrededor; traté de hacerlos felices, fuí su compañero de juegos, el mayor de la banda. Crecí como ellos en esta atmósfera de libertad. Los gritos y cantos de los niños llenaban el aire y yo bebí este espíritu de alegría día por día. A la puesta del sol, solía sentarme retirado, contemplando la naturaleza y escuchando voces infantiles, y me parecía que los niños eran como los árboles, creciendo del corazón de la tierra, fuentes de vida, y como un niño grande enviaba también mi voz jubilosa hacia el cielo. En este medio compuse GITANJALI y los versos los cantaba a veces para mí mismo, bajo la magnificencia del cielo hindú. Y continué con esta vida, hasta que vino un día en que sentí otra vez la necesidad de ir al corazón del mundo. Concebí que esta existencia en el retiro sólo era el preludio de mi gran viaje de peregrino. Anhelaba ponerme en contacto con los hombres de occidente; sabía que nuestra época pertenece al occidental, con su exuberante energía; sentía que antes de la muerte debía ir a Occidente, para encontrarme con la gente en el santuario secreto donde la Divinidad tiene su templo.

Fuí, y conmigo llevaba en manuscrito mis poesías, que había traducido al inglés, aunque sin el propósito especial de publicarlas. Pero cuando se presentaron al público británico, éste las elogió; el corazón occidental se abría para ellas sin retardo. Fué un milagro para mí, que había vivido todos esos años separado del Occidente y de su espíritu, ser inmediatamente aceptado por éste como uno de sus propios poetas. Pero comprendía que esto tal vez tuviera un significado más profundo y que los sentimientos que he interpretado en mis poesías eran comprensibles para los occidentales con su ardiente vivir, sedientos de paz, infinita paz. Con la preparación que mi musa había tenido desde la la juventud a orillas del Ganges, podía presentarme y ofrecer al Occidente mi copa que fué recibida y ensalzada. Pero ésta no es mi gloria; del Oriente vino al Occidente; porque ¿no es acaso el Oriente la madre espiritual de la humanidad? Y cuando los hijos de Occidente, heridos, hambrientos, se vuelven a esta alta madre, el Oriente, ¿no esperan de ella remedio y alimento? Felizmente para mí, vine en el preciso instante en que el Occidente otra vez se volvía hacia el Oriente y como su representante, obtuve mi recompensa de amigos de Occidente.

El premio que recibí de Suecia no fué empleado en beneficio mío; como individuo no tenía derecho a usarlo; lo destiné a los niños y estudiantes del Oriente, fué como una semilla que se siembra, germina y fructifica para utilidad del sembrador. He usado el dinero para iniciar y sostener mi Universidad en la patria, donde quiero que los estudiantes de Occidente vayan y lo mismo que mis hermanos de allá, trabajen buscando la verdad, que ha estado escondida para nosotros durante centurias, y en encontrar los tesoros espirituales que la humanidad necesita. Recuerdo aquellos días, cuando la India tenía sus grandes universidades, en la época de oro de su civilización. Entonces no se encerraba la India en sí misma, abría sus puertas a todas las razas y pueblos y venían y se les ofrecía oportunidad de tomar parte de lo mejor que el país podía regalar. Se les ofrecía sin paga, porque es la tradición en nuestra tierra no recibir remuneración material por la dádiva de la verdad. La responsabilidad de trasmitir el conocimiento descansa sobre el que lo posee. No es deber del alumno ir hacia el maestro, sino del maestro ofrecer sus presentes a aquellos que lo necesitan. Era esto lo que hizo posible la existencia de nuestras grandes universidades en las diferentes provincias de la India y siento que de lo que más sufrimos es

de nuestro aislamiento. Hemos perdido nuestras posibilidades de ofrecer al mundo lo mejor que poseemos. Hemos perdido la confianza en nuestra propia civilización; hemos perdido el contacto con el mundo. No tenemos ningún tiempo que perder. Tenemos causa para estar orgullosos de la herencia de nuestros padres y ésta debe dilapidarse, no sólo por nosotros, sino por la humanidad.

Esto es lo que me ha inducido a iniciar esta institución, donde los estudiantes del Oriente y del Occidente se encuentren para recibir nutrición espiritual. Esto me trae al Occidente, para invitar a todos ustedes a la fiesta que espera en el Oriente y estoy convencido de que no recibiré desaire, porque en otros países he sido recibido con entusiasmo y he encontrado la opinión general de que el Occidente necesita del Oriente como éste de aquél. Ha llegado el tiempo de que nos encontremos en la verdad y abrigo la satisfacción de pertenecer a esta época, de haber podido expresar todo esto por escrito y colaborado en la construcción de la cultura de un gran porvenir. Aunque pueda haber aparecido obscuro en la traducción de otras lenguas, creo, sin embargo, que lo fundamental ha sido comprendido.

Esta excursión al Occidente ha significado para mí la obligación de abandonar el aislamiento en que he vivido, de presentarme ante los ojos de todos, algo a lo cual no estaba habituado. Me siento tímido estando en vuestra presencia. Pero agradezco a Dios haber podido juntar los corazones del Oriente y del Occidente, y hasta el final de mi vida debo continuar mi misión: llenar el abismo que existe entre ambos pueblos. No está de acuerdo con el espíritu de la India rechazar alguna raza o cultura. La India siempre ha proclamado el ideal de la unidad, que comprende todo, no excluye nada en la existencia; comprende con una sola alma en la claridad del amor y de los sentidos. En estos tiempos de inquietud política, siento que la India es el país que unirá las razas humanas. Por eso el problema de las razas es el problema de la India; nosotros mismos estamos disgregados y ninguna unidad política puede tampoco satisfacernos; debemos ir más hondo: a la unidad espiritual. Al respecto estamos bien preparados con nuestra vetusta literatura y nuestra religión, que es la religión de la comprensión; la que dice: aquel que se ve a sí mismo en todos los seres, que concibe todos los seres como a sí mismo, conoce la verdad. Esta verdad será manifestada por los hijos del Oriente.

Necesitamos recordar estas palabras: hemos nacido seres humanos con el amor y la reconciliación y no con la lucha como objetivo. No somos animales de presa; es el espíritu del YO lo que crea ilusiones y con ello desgracias. Pero las ilusiones desaparecerán cuando penetremos en el corazón de la humanidad.

Para proseguir esta gran misión de la India, he erigido mi Universidad y os invito a todos vosotros a juntaros con nosotros y a que vuestros estudiantes y hombres de ciencia cooperen en hacer de ella una institución común, oriental y occidental. Por esto vengo y ruego y demando vuestra ayuda, en el nombre de la humanidad, del amor y de Dios.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica